

3. Historia y ciencias sociales: España

Albert Carreras/Xavier Tafunell (coords.): *Estadísticas históricas de España, siglos XIX-XX*. 3 Vols., 2ª ed. rev. y aum. Bilbao: Fundación BBVA 2005. 1434 páginas.

La primera edición de esta compilación de *Estadísticas históricas* apareció en 1989; en los años noventa del siglo XX se publicaron, además, toda una serie de compilaciones mayores (sobre producción agraria, nivel de vida, industrialización, progreso económico...) que permitieron que nuestros conocimientos sobre los precios, el transporte y la red ferroviaria, la Hacienda pública, la producción minera, etc. hayan avanzado considerablemente. Esto significa que una nueva edición de las *Estadísticas* no podía limitarse a poner al día los datos recopilados, sino que había que incluir nuevos capítulos, y que los viejos abarcaran nuevos temas y nuevas perspectivas. Ante todo han cambiado las introducciones a cada capítulo: ahora ofrecen estados de la cuestión que discuten en profundidad aspectos fundamentales de cada uno de los campos que abarcan. Por lo tanto, esta nueva edición de las *Estadísticas históricas* no es sólo un repertorio que se consulta para buscar un dato cuantitativo preciso, sino que se ha convertido en una obra de referencia con textos que conviene leer como una introducción al conocimiento histórico de la España contemporánea.

La actualización de las series se convirtió, para los autores y coordinadores, en un desafío de grandes proporciones, pues hubo que enfrentarse a la discontinuidad de muchas series. El despliegue de nuevos criterios estadísticos por parte de las nuevas administraciones democráticas, combinado con la emergencia de las Administraciones autonómicas y con las exi-

gencias del sistema estadístico comunitario europeo, conllevaron la ruptura de numerosas series.

Las reformas de los capítulos no han dejado prácticamente ningún título tal como estaba, modificando significativamente todos los contenidos. Así, el capítulo "Clima" (Albert Carreras) incluye ahora tanto las precipitaciones como las temperaturas; el capítulo "Industria" (también de Albert Carreras) ha aumentado la sensibilidad territorial y la energética. El capítulo "Transportes y comunicaciones" (Antonio Gómez Mendoza/Elena San Román) incorpora las redes energéticas, y el capítulo "Renta y riqueza" (Leandro Prados de la Escosura/Joan Ramón Rosés) se abre a múltiples investigaciones nuevas, profundiza en los aspectos de distribución territorial y de distribución del ingreso y en los indicadores de desarrollo humano. Así se podrían seguir enumerando todos los capítulos, que cambiaron de autoría o de denominación, ampliando sus contenidos. Pero los cambios más importantes han consistido en la incorporación de capítulos completamente nuevos, en temáticas y autores, v. gr. "Educación" (Clara Eugenia Núñez) "Investigación y desarrollo: patentes" (José Patricio Sáiz), "Gobierno y Administración" (Jacint Jordana/Carlos Ramió), "Elecciones y política" (Juan J. Linz, entre otros).

Detrás de todas estas novedades cabe detectar dos grandes fenómenos: el progreso de la investigación cuantitativa española en ciencias sociales, y la aparición de compilaciones estadísticas internacionales de amplio espectro. Los compiladores se guiaron por la pauta que ofrecían las compilaciones de B. R. Mitchell (*European Historical Statistics, 1750-1970*), tratando además de poner la esta-

dística histórica española a la altura del trabajo de Peter Flora (*State, Economy and Society in Western Europe, 1815-1975*). Esta segunda edición no contiene sólo estadísticas básicamente económicas, sino que ahora son demográficas, económicas, políticas y sociales.

Cada capítulo de estas *Estadísticas Históricas* consiste en un núcleo de cuadros estadísticos, precedido de un ensayo introductorio, de una guía de fuentes y de una bibliografía. El esqueleto de la obra lo constituyen las algo más de 5.000 columnas de datos, que han sido clasificadas en el índice analítico. El espacio de referencia es el territorio del actual Estado español, y el tiempo cubierto son los siglos XIX y XX, ante todo a partir de 1850 (pues es entonces, cuando empiezan a aflorar series completas), hasta el año 2001.

En España, ha aparecido más tarde que en otros países europeos una historia económica asentada en la cuantificación, mientras se mantenía la vieja tradición de carácter jurídico e institucional. Ello se debía ante todo a la falta de voluntad política –no a la falta de capacidad técnica– que se requería para vencer las resistencias de quienes, con el desconocimiento, pretendían perpetuar el fraude; a esto hay que añadir, además, el corte traumático producido en los años de la Guerra Civil española y la poca confianza que merecían las estadísticas de los primeros años cuarenta. Considerando este trasfondo, son tanto más de apreciar los materiales desplegados en estos tres valiosos volúmenes. Si ya la primera edición se convirtió en un instrumento de referencia, esta segunda edición, actualizada, revisada y ampliada con nuevos capítulos y temáticas, y preparada por 25 autores, dejará una huella profunda en el conocimiento de la España contemporánea. Además, sitúa a España en el selecto grupo de países que dispone de colecciones de estadísticas his-

tóricas de amplio espectro temático y cronológico, contribuyendo, de este modo, al desarrollo de los estudios comparativos. La publicación se acompaña, en el primer volumen, de un CD con la totalidad del texto en formato PDF.

Walther L. Bernecker

Javier de Ybarra e Ybarra: *Nosotros, los Ybarra. Vida, economía y sociedad (1744-1902)*. Barcelona: Tusquets 2002. 904 páginas.

Nosotros los Ybarra es una obra especial por muchas circunstancias. La primera es que el “nosotros” del título corresponde fielmente con el contenido de un libro que emprende una peculiar reconstrucción de los antepasados del padre y la madre del autor –Javier Ybarra e Ybarra–, en una narración que se inicia con el fundador de la dinastía pero que se va ramificando en las líneas principales de sus descendientes a lo largo del siglo XIX, y que sigue asimismo los avatares de sus amigos, deudos, clientes y socios, hasta desvelar una inmensa malla de personajes, a menudo emparentados con los Ybarra a través de sucesivos matrimonios. Pero más allá de esos lazos de parentesco, el libro lo que pretende y consigue retratar es ese “nosotros” más amplio: lo que muchos autores han llamado la “oligarquía” de Vizcaya, es decir, la élite social de esa provincia, a su vez estrechamente relacionada con las élites de otras provincias del país (Guipúzcoa, Álava, Santander, Asturias, Sevilla, Barcelona...) y con las élites madrileñas. Una red de familias que pese a su carácter geográficamente periférico ha ocupado un lugar central en la vida económica española pero que también ha gozado de un peso político muy superior al objetivamente

atribuible por su población o riqueza a Vizcaya, como va desgranando el autor al hablar de su influencia en la política comercial, en la ferroviaria o en la “imperial” y, como pone de manifiesto, en última instancia, la propia supervivencia de un régimen fiscal privilegiado como el concierto económico, incluso tras la abolición de los fueros. Una red de familias en la que los Ybarra asumieron durante largo tiempo la función de figuras nodales, capaces de articular a su alrededor negocios y empresas políticas diversas, copando puestos en consejos de administración pero también cargos municipales y provinciales.

Ese círculo amplio de familias que sembró de palacetes la margen derecha del Nervión y presidió desde ellos la sociedad bilbaina en el último tercio del siglo XIX y buena parte del siglo XX, sólo en los últimos 30 años ha ido viendo menguar su predominio social. En un País Vasco azotado por la violencia de ETA y dominado política y culturalmente por el nacionalismo (del que esa élite se ha hallado siempre bastante lejos), la reconversión industrial y la crisis bancaria, primero, y los procesos de fusión de los grandes bancos, después, han erosionado —aunque no destruido— las bases de su poder económico y han aflojado —como resultado de las diferentes estrategias adoptadas por sus miembros frente a las crisis— sus vínculos internos. No deja de ser significativo que el libro se abra con la narración por parte de Javier Ybarra del secuestro y asesinato de su padre por los etarras en 1977. En su versión de este triste suceso lo que más destaca es la falta de solidaridad de la mayoría de las familias de Neguri, incluidos muchos de los Ybarra, con los hijos de la víctima, una falta de solidaridad que —se defiende— condujo al terrible desenlace del secuestro. Pero en sus más de 800 páginas de texto, el autor únicamente llega al siglo XX en el primer

capítulo (además de en las múltiples notas a pie de página en las que deja constancia de sus relaciones con muchos de los descendientes de los personajes retratados), puesto que su relato acaba en 1902. De modo que este primer tomo, ya que se nos anuncia un segundo, sigue de forma minuciosa el período de construcción de la élite vizcaína, desde finales del siglo XVIII hasta el inicio del reinado de Alfonso XIII.

La profunda y explícita empatía del autor con el mundo que quiere historiar, reflejado en ese doble “nosotros”, familiar y social, del título y del contenido, se manifiesta en un segundo rasgo peculiar del libro: la forma de narrar. Ybarra recurre una y otra vez a fórmulas novelísticas, retratando perfiles psicológicos, estados de ánimo, pensamientos íntimos, impresiones momentáneas e incluso reacciones corporales (palideces, gestos de sorpresas...) que si bien por lo general parecen verosímiles al lector, no dejan de ser invenciones más o menos fundadas. Es más, el autor toma partido sin recato por unos personajes frente a otros, repartiendo con fruición comentarios que reflejan que en sus largas lecturas de la correspondencia de los Ybarra, ha llegado a compartir muchas de las posiciones implícita o explícitamente plasmadas en las cartas, además de convertirse en albacea de una larga lista de comentarios transmitidos oralmente por sus allegados. El libro respalda reiteradamente la afirmación de Bourdieu sobre el amplio tiempo dedicado a las conversaciones sobre las personas y su posición dentro de las estructuras familiares y sociales entre quienes —como los Ybarra— cuentan con un elevado capital social, cuya reproducción depende estratégicamente de ese recordatorio permanente del quién es quién.

Todas estas observaciones sobre el observador no entrañan crítica alguna de su estrategia expositiva ni de la prolijidad de su relato ni siquiera de sus sistemáticas

notas en las que nos recuerda que el descendiente de tal figura es amigo suyo, o que tal personaje es antepasado de su mujer. Por el contrario, no sólo no hay trampa ni cartón en un libro iniciado con un sonoro “nosotros”, sino que nuestro observador es consciente de pertenecer personalmente al sujeto observado, una conciencia que contribuye a eliminar en sus páginas muchas de las taras propias de las estrategias de ocultamiento del autor propias de los relatos de los historiadores, y otorga a sus visiones el valor añadido del que comparte o cree compartir estilos, principios y actitudes con sus biografiados, lo que le induce a ponerlos de manifiesto, confiando una riqueza inusual al relato.

Cosa distinta es que con esa voluntad de no distanciarse no acabe atribuyendo a menudo a la élite vizcaína, un discurso más propio del presente del propio Javier Ybarra que de los tiempos que recorre. Porque el autor no es un historiador postsocial; ni siquiera un historiador cultural de la sociedad. Su identificación con sus biografiados no está acompañada de ninguna reflexión sobre las circunstancias de producción de su texto y de los textos que le sirven de base. Y una y otra vez sus comentarios están llenos de una concreta condición moderna. Nuestro autor se permite novelar, pero no omite —al menos no parece hacerlo— ninguna circunstancia “éticamente” reprobable de las actividades de sus ancestros: nos habla de la participación en el tráfico de negros, de las traiciones y engaños entre industriales y comerciantes, de los dobles juegos políticos y la compra de votos, de cobardías, de huidas, de descaradas luchas por el poder, la riqueza y el reconocimiento público, de limitaciones intelectuales... Desde luego en su presentación de “la verdad”, de lo “realmente acontecido”, hay toda una visión de la modernidad y de las fuerzas inevitables del progreso y una naturalización radical de los

comportamientos y aspiraciones de sus protagonistas, además de una comprensión muy clásica de la historiografía. Ybarra defiende la moral puritana frente a cualquier forma de hedonismo y al tiempo muestra orgullo por el gusto refinado de sus antepasados. Da por supuestas las bondades del crecimiento económico, aunque nos recuerde marginalmente sus costes sociales y medioambientales, y recuerda con manifiesta satisfacción que los Ybarra siempre intentaron estar “a la última” desde el punto de vista tecnológico. Sus palabras están henchidas de elitismo meritocrático, de rechazo de la intolerancia religiosa y del desorden político, rasgos propios de un liberal de orden (como sus ancestros). Y comparte además las premisas del liberalismo fuerista, asociándose así a las posiciones políticas de los Ybarra decimonónicos. Como los fueristas liberales manifiesta su creencia en una cierta superioridad natural de los vascos que “se valían de su propia palabra para cerrar pactos que, en otras partes del globo, exigirían la intervención de contratos y buenos abogados” (p. 249), en su fuerismo espontáneo y esencial (frente a los comerciantes de San Sebastián que por no llevar apellidos vascos, y aunque estuvieran arraigados en la ciudad, no compartían las posiciones de sus congéneres de Bilbao, p. 283), en su laboriosidad (a diferencia de lo que ocurría en Sevilla, ciudad en la que “para ser respetado uno se entregaba al oficio del siesteo permanente”, p. 317), en la eficacia de las instituciones forales desde todas las perspectivas (incluida la política ya que “allí donde había fueros la ley se respetaba sin algaradas ni pronunciamientos militares”, p. 258)...

El libro de Javier Ybarra constituye por todas estas razones un auténtico diamante en bruto para la historia del País Vasco y también para la historia española en general. La abundantísima documentación manejada, la exactitud en la identifi-

cación de los personajes, la comprensión desde dentro –cuando menos desde dentro de las tradiciones orales de unos Ybarra concretos– de las estrategias y los juegos empresariales, políticos y sociales en que se mueven los protagonistas, es una parte del material que aguarda a quien se atreva con sus larguísimas páginas, que pese a la abundancia de nombres, fechas y detalles no resultan pesadas. Operaciones financieras, opciones técnicas, negocios específicos, relaciones personales, apuestas políticas, “buenas maneras”, valores morales..., un sinfín de temas pueden y deben ser abordados de modo distinto a partir de la información que ofrece esta obra. La otra parte no menos rica del material son las interpretaciones explícitas y sobre todo las implícitas que da el autor de los “hechos” y los personajes. Puesto que no hay reflexión teórica ni tampoco una discusión historiográfica propiamente dicha, en un libro que está construido con medio centenar de referencias bibliográficas (en su mayor parte tomadas como fuentes de datos) y más de mil referencias documentales, pasa al primer plano un supuesto sentido común que dista mucho de serlo fuera de unas coordenadas específicas: las de Javier Ybarra e Ybarra, uno de “ellos”, en los años de tránsito entre el siglo xx y el xxi. Sólo quien efectúe la lectura sosegada de ambos materiales podrá descubrir el valor real de esa inmensa biografía colectiva.

Juan Pan-Montojo

Valentina Fernández Vargas: *Sangre o dinero. El mito del Ejército Nacional*. Prólogo de Miguel Artola. Madrid: Alianza Editorial 2004. 285 páginas.

El título del libro es programático: *Sangre o dinero. El mito del Ejército Na-*

cional. Se refiere a un “sistema militar discriminatorio” que afectaba a un “grupo social concreto”: jóvenes pobres (pp. 23 y 152). Un sistema discriminatorio por motivos económicos, que llevó a la separación de la sociedad española y no a pocas familias a la ruina por intentar rescatar a sus hijos. Así que Valentina Fernández Vargas, investigadora de la Unidad de Políticas Comparadas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, llega a la conclusión de que cumplir con el servicio militar en España no fomentó el “sentido nacional patrio” y que “no era un signo de cohesión social unido a la común obligación de defender la patria, sino demostración última de que no se ha podido contar con alguna de las posibilidades que permiten eludirlo” (pp. 189 y 194).

El libro se define por un “carácter dual”, como lo denomina Miguel Artola en la presentación: por un lado se trata de un estudio historiográfico, por otro de una compilación de diversas fuentes de la época: transcripciones, fotografías, facsímiles, entre otros. En once capítulos Fernández Vargas brinda al lector un profundo análisis de setenta y cinco años de diferentes y diversas formas de eludir de manera legal el servicio militar en España y Ultramar.

En concreto, abarca el período desde la Ley de Reclutamiento de 1837 hasta la de 1912, que significó el punto final del sistema de redenciones. La primera etapa, de 1837 a 1868, se define de “implantación y crítica”, en la cual los antiguos sistemas tontinarios que se remontaron al siglo xvii desaparecieron poco a poco o se convirtieron en compañías de seguros a quintas. El sexenio revolucionario (1868-1873) constituye la segunda etapa con los intentos de abolición del servicio militar durante la Primera República. Pero las guerras carlistas y el estallido de la guerra de los diez años en Cuba alejaron la Repú-

blica de sus ideales abolicionistas y llevaron al reclutamiento de un mayor número con unos 80.000 hombres. El tercer período abarca de 1874 a 1912, y se caracteriza por los intentos de reforma del sistema. En estos años tuvo lugar el desarrollo de una compleja red de seguros (a quintas modernos) —como lo fue, p. ej., el Banco Vitalicio de Cataluña— además que una diversificación en el mercado de los seguros que estaba estrechamente ligado con el desarrollo de un mercado financiero español, con préstamos e hipotecas.

La autora se basa para el análisis —amén de en una rica selección de fuentes impresas— en la amplia documentación correspondiente del Archivo General de la Administración, del Archivo Histórico Nacional, del Archivo Municipal de Madrid y del Archivo Municipal de Pamplona. Entre las fuentes claves para la elaboración del libro que aquí presentamos, se encuentran las *memorias* de las distintas compañías aseguradoras y las diversas revistas especializadas que aparecieron después de la Restauración. Para un acercamiento cuantitativo a los ingresos del Estado, producto de la redención del servicio militar, son de sumo interés las *cartas de pago*. (Entre julio de 1898 y enero de 1899 el 80% de los recursos ordinarios del tesoro provenía de las redenciones del servicio militar y de la marina.) El uso cuidadoso de las fuentes primarias caracteriza todo el trabajo de la autora: señala problemas y preguntas pendientes de la investigación que en algunas ocasiones se deben a una documentación incompleta o a la falta de acceso a los archivos de las actuales compañías, en algunos casos herederas de las históricas.

Pero los seguros a quintas sólo representaron uno de los diferentes caminos para eludir el servicio militar y, con sus corrupciones y corruptelas en unión con las crisis económicas a lo largo del siglo

XIX, no siempre el más conveniente. En el año 1877 el rescate valía unas 2.000 pesetas para la Península y 500 más para Ultramar. En la siguiente década la suma se estabilizó en 1.500 pesetas y 2.000 respectivamente. Entre la redención directa en metálico, el cambio de número o el abono de una póliza, la presentación de un *sustituto* fue la más económica. Jóvenes iletrados en grave situación económica, en muchos casos migrantes de zonas alejadas, se presentaron para sustituir a personas a tan sólo 200 pesetas. También en este tipo de negocio, en el “*tráfico de hombres*” (p. 141) el papel de las compañías de seguros fue importante. “[L]as guerras fueron magníficos negocios. Pero sólo para algunos” (p. 252). Entre ellos, seguramente, el Marqués de Comillas que no sólo salió ganando de las guerras en Ultramar y África con la Compañía Trasatlántica, sino también con el negocio de seguros a quintas. Sin duda, también para el Estado los ingresos de las redenciones fueron importantes. En el año 1892 se recaudó la respetable suma de casi 42 millones de pesetas. Pero fue la sociedad española la que aguantó las pérdidas fatales: falta de mano de obra, de inversiones necesarias y pérdidas humanas. Durante el “siglo bélico”, las quintas de febrero provocaron en muchas familias verdadera “alarma social”, fácil de comprender pensando que estadísticamente fue más peligroso el sólo hecho de alistarse en las filas del Ejército español que luchar en la guerra franco-alemana; acontecimiento que nos ha hecho recordar en su libro reciente John L. Tone (*War and Genocide in Cuba. 1895-1898*. Chapel Hill, NC: The University of North Carolina Press 2006). El sistema tampoco pudo satisfacer a los militares porque “entre sus malas prácticas generaba una tropa a la que era difícil adiestrar” (p. 276).

Con *Sangre o dinero* Valentina Fernández Vargas ha logrado desentrañar el

complejo mundo de los seguros a quintas en particular, y las diferentes formas de rescate en general; ello sin olvidar señalar el respectivo impacto social, abriendo así el camino para futuras investigaciones.

Andreas Stucki

José-Carlos Mainer (ed.): *Ernesto Giménez Caballero. Casticismo, nacionalismo y vanguardia*. Madrid: Fundación Santander Central Hispano 2005. LXVIII + 242 páginas.

La presente antología reúne textos de la bibliografía más significativa de un autor singular, escasamente conocido y de perfiles un tanto difusos, como Ernesto Giménez Caballero (1899-1988). El lector –al menos el no especializado– agradecerá por ello la completa e iluminadora introducción a cargo de José-Carlos Mainer, en la que se van despejando un buen número de claves hermenéuticas sin las que la lectura de la antología podría resultar un tanto desconcertante. No en vano, y como se apunta en dicha introducción (p. XV), en la obra de Giménez Caballero se junta todo un “microcosmos” de tendencias y referencias muy relevantes en la cultura de su tiempo, desde la herencia noventayochista hasta la Generación del 27, pasando por Ortega y la Generación del 14, la erudición de Menéndez Pidal, y el histrionismo de Gómez de la Serna. Pero no por ello dejan de delinearse algunos hilos conductores, escueta pero elocuentemente formulados en el mismo título de la antología. Giménez Caballero recoge así la tradición nacionalista y liberal de las letras españolas, a la que incorpora tendencias de vanguardia –el futurismo, sobre todo, en polémica con el cubismo y el surrealismo–; lo cual, asumido desde una concien-

cia eufórica de crisis cultural radical en la que abunda la referencia nietzscheana y, mucho más aún, cierto fervor por los perfiles estéticos y políticos de la Italia mussoliniana, desembocará en el delirio fascista del “hombre nuevo”.

Así, el primer texto de la antología, “Los toros, las castañuelas y la virgen”, en el que, dejando a un lado la mera preocupación folklórica o costumbrista, se persigue una nueva hispanidad a través del rescate y la actualidad de sus cultos, sus mitos y sus símbolos más emblemáticos. Una curiosa reflexión –de perfil unas veces etnográfico, otras freudiano, otras literario, otras sencillamente confuso– en torno a la tradición taurina, el culto a la Virgen, el donjuanismo y su relación con el alma femenina sirve así de motivo para plantear toda una “resurrección de España” (p. 47), análoga a la vivida en los tiempos de la Contrarreforma. Otros dos textos incluidos en la antología se inscribirán en esta órbita. De alguna manera lo hace “Cuadrangulación de Castilla” (1929), aunque dibujando una mirada más vanguardista del paisaje castellano; y, con una continuidad más clara, “San José. Contribución para una simbología hispánica” (1930), en torno al culto del mismo como elemento definidor de la mujer tradicional española. Pero entre uno y otros textos encontramos “Eoántropo. El hombre auroral del arte nuevo” (1928), en donde aquella resurrección española se enlaza con la proclamación vanguardista no ya de un arte, sino también de un hombre nuevo, exultante y rebosante de regeneradora animalidad, cuya connotación fascista es ya más nítida. Siguen a continuación dos artículos de *La gaceta literaria* (1931), cuya lectura resulta inquietante. La programática y desconcertante adhesión a los principios republicanos formulada en “Ante la nueva justicia española. *La gaceta literaria*” y el estrambótico “Más orígenes literarios de los suce-

sos actuales y subversivos de España”, traslucen, no ya algunas contradicciones de la época, sino también el confusionismo político del que las vanguardias nunca llegaron, quizá, a desprenderse, así como la siniestra inconsistencia de la ideología fascista en ciernes. La antología se cierra, en fin, con una selección de textos de 1935, no porque el autor no siguiera escribiendo hasta su muerte, pero sí más bien porque el desenlace de la inminente guerra y sus largas consecuencias significaron de alguna manera la consumación de su proyecto estético-literario. “Arte y Estado” plantea así algunos diagnósticos de la pintura cubista y de la arquitectura de Le Corbusier, para culminar en una reivindicación del arte como realización estética del Estado totalitario y nacionalista; misma que, en el caso español, encontraría todo un ejemplo en la plenitud de El Escorial.

La presente antología contribuye en definitiva al conocimiento de una obra relevante dentro del vanguardismo español, así como de los orígenes y evolución del fascismo en España. Arroja luz sobre la dimensión estética de su difusa gestación, su afinidad con la cultura fascista italiana y sus turbios lazos genealógicos con algunos referentes emblemáticos del acervo cultural español inmediatamente anterior.

Antolín Sánchez Cuervo

Abdón Mateos: *De la guerra civil al exilio. Los republicanos españoles y México. Indalecio Prieto y Lázaro Cárdenas.* Madrid: Biblioteca Nueva/Fundación Indalecio Prieto 2005. 268 páginas.

El libro de Abdón Mateos trata de un capítulo decisivo de la historia política del exilio español republicano después de la

Guerra Civil española (1936-1939) cuando se definió ante todo en México la hegemonía entre las diferentes corrientes rivales del exilio y su política ante la dictadura franquista en proceso de consolidación. Contrario a lo que sugiere el subtítulo (“Prieto y Cárdenas”), la obra de Mateos no trata sólo de los primeros dos años del exilio sino que otorga casi el mismo espacio a la política del sucesor de Cárdenas en la presidencia mexicana, Manuel Ávila Camacho (1940-1946). Además, extiende el tema hasta la muerte de Indalecio Prieto en 1962, quien es claramente la figura central de la narración del libro. El trabajo representa la investigación más profunda sobre la actuación del líder socialista Prieto y su corriente dentro del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) durante la primera década del exilio en México. Se basa en una amplia utilización tanto de fuentes publicadas como primarias de archivos mexicanos y españoles entre los cuales se encuentran algunos todavía no o escasamente aprovechados por otros investigadores.

Después de una breve introducción sobre el estado de la investigación y la situación de los archivos españoles, el autor presenta en el capítulo I una extensa descripción de las relaciones entre los políticos e intelectuales republicanos y sus homólogos mexicanos desde los tiempos de la Revolución Mexicana hasta las primeras décadas del exilio en México. Empero, Mateos resalta la “inexistencia de verdaderas relaciones orgánicas”, es decir el predominio de relaciones a nivel personal, dado el sistema mexicano de partidos e instituciones políticas totalmente divergente del español o europeo en general.

El tema del capítulo II es la preparación política en la última fase de la Guerra Civil y la organización concreta durante el año 1939 de la evacuación de los refugiados republicanos hacia México por parte del gobierno de Lázaro Cárdenas y los

líderes políticos del exilio, destacando especialmente el rol de Indalecio Prieto. Este último, hasta abril de 1938 miembro del gobierno del Frente Popular español y desde mediados de febrero de 1939 en México, era durante las últimas semanas de la contienda en España el político republicano más prestigioso e influyente que se encontraba en México. Aprovechando hábilmente la ausencia total de altos representantes diplomáticos y políticos de la República agonizante (el embajador Gordón Ordás ya había renunciado en marzo de 1939), se apropió, con la anuencia del presidente Cárdenas, de los considerables bienes procedentes de la Caja de Reparaciones del gobierno republicano que llegaron a finales de marzo en el yate *Vita* enviado por el jefe del gobierno, Juan Negrín, con el objeto de financiar la prevista instalación de miles de refugiados en México. Algunos meses más tarde Prieto consiguió la aprobación de la Comisión Permanente de las antiguas Cortes de la República para encargarse de la custodia y la administración de la valiosa carga del *Vita* por medio de la fundación de una nueva organización de ayuda, la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE), dominada por sus seguidores y enconada rival del Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERE), creación anterior del gobierno negrinista.

A base de esta legitimación política Prieto se convirtió hasta la formación del gobierno de la República en el exilio en 1945 en el político republicano más poderoso, y no sólo dentro de su propio partido, el PSOE. En cambio, los fondos del SERE disminuyeron rápidamente por la costosa organización del transporte naval masivo de refugiados hacia ultramar, en la cual la JARE no participó hasta el año 1941, y finalmente a causa de su disolución y la incautación de la mayor parte de sus bienes por el gobierno francés a partir

de la invasión alemana en mayo de 1940. A las diferentes hipótesis sobre las causas de la suspensión, en el verano tardío de 1939, de los grandes transportes colectivos de refugiados hacia México, Mateos agrega su interpretación que atribuye un papel decisivo a Prieto en esta decisión del gobierno mexicano. Según él, “Prieto había persuadido al presidente Cárdenas para que suspendiera temporalmente nuevos embarques”, principalmente por dos razones: primero, la falta de recursos de parte de México, así como de las organizaciones republicanas para garantizar la integración social y económica de una gran masa de inmigrantes en poco tiempo. Segundo, y más importante según Mateos, el plan político de Prieto de entrar en una negociación con el gobierno franquista para ofrecer la devolución de los bienes estatales en el extranjero a cambio de garantías de un retorno masivo de refugiados a España sin represalias, lo que fue rotundamente rechazado por el propio Franco. Aparte de que parece poco probable que Cárdenas supiera entonces de la iniciativa de Prieto, tratándose de un asunto confidencial aun en los círculos informados del exilio, los problemas de la instalación e integración social de los refugiados en México realmente existían aunque no debieran haber sido tan dramáticos como para imponer la suspensión inmediata de la evacuación masiva.¹

¹ Véase otra explicación en mi artículo “Gilberto Bosques y la política mexicana de rescate de los refugiados españoles en Francia (1940-1942)”; en A. Sánchez Andrés *et al.* (coords.), *Artífices y operadores de la diplomacia mexicana, siglos XIX y XX*, México 2004, pp. 314-16, donde se resalta la frustración de las autoridades mexicanas ante “los pleitos domésticos” dentro del exilio español que obstaculizaron la organización efectiva de la evacuación y la movilización rápida de los fondos en posesión de los republicanos.

El capítulo III presenta una descripción bastante pormenorizada de las gestiones de Indalecio Prieto, en colaboración con el gobierno mexicano y sus diplomáticos en Francia de prestar ayuda y rescatar a miles de refugiados republicanos en el sur del país gallo y en sus colonias norteafricanas, quienes se encontraban, después de la formación del gobierno Petain en Vichy, en peligro de ser entregados a España o a los ocupantes alemanes para ser utilizados en trabajos forzosos o incluso deportados a campos de concentración en Alemania.

El siguiente capítulo trata de los cambios, en parte considerables, de la política del sucesor de Cárdenas en la presidencia mexicana, de tendencias más moderadas, Manuel Ávila Camacho, ante el exilio español y la cuestión de la acogida de otros refugiados republicanos todavía atrapados en el sur de Francia. Ya desde el inicio de la presidencia de Ávila Camacho había fuertes rumores de que fuerzas influyentes dentro de la nueva administración estuvieran a favor de reanudar relaciones diplomáticas con el régimen de Franco. A diferencia de la actitud de Cárdenas, quien no intervenía en los asuntos de los organismos del exilio español, el nuevo presidente decretó ya en enero de 1941 que la JARE, bajo el liderazgo de Prieto, debía admitir en su consejo administrativo a representantes de confianza de su gobierno y reclamó su participación más directa en la selección de los refugiados acogidos en México. A finales del año 1942, cuando por la ocupación total de Francia por tropas alemanas ya no eran posibles transportes de refugiados a ultramar, Ávila Camacho acabó, por medio de otro decreto, completamente con la autonomía de los exiliados en la gestión de los recursos de la JARE, los cuales terminaron administrados por representantes del gobierno mexicano hasta su entrega definitiva en

1945 al nuevo gobierno republicano en el exilio.

El capítulo V muestra el cambio de la política de la administración avilacamachista ante el exilio a partir de la entrada de México en la Guerra Mundial hacia un apoyo incondicional a los republicanos contra el régimen franquista, que se estaba aislando cada vez más con la anticipada derrota de las potencias fascistas. En noviembre de 1943 se fundó en México, a iniciativa de Prieto y Diego Martínez Barrio, antiguo presidente de las Cortes republicanas, la Junta Española de Liberación (JEL) que agrupó a los partidos republicanos (liberales), los nacionalistas catalanes y la parte "antinegrinista" del PSOE. A partir de este momento empezó el declive de la dominación política de Indalecio Prieto, quien se veía suplantado paulatinamente como interlocutor privilegiado del gobierno mexicano por el presidente de la JEL, Martínez Barrio. En agosto de 1945 se reunieron por primera vez las antiguas Cortes republicanas en la Ciudad de México para constituir el primer gobierno republicano en el exilio. Prieto se mostró desde el inicio escéptico ante este proyecto político favoreciendo en cambio la formación de un gobierno provisional en España que realizara un plebiscito sobre el régimen, bajo la supervisión de las potencias occidentales, lo que redujo considerablemente su prestigio político dentro del exilio cuya mayoría apoyó la restauración de la República.

Los dos últimos capítulos del libro tratan de forma condensada de las relaciones entre los diferentes gobiernos mexicanos de la posguerra mundial hasta el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con España en 1977, resaltando la continuidad de la política exterior mexicana de rechazo al régimen franquista. En el corto capítulo concluyente, además de dar un conciso resumen del libro, el autor se con-

centra en la descripción de homenajes ritualizados entre representantes del exilio y del gobierno mexicano durante las décadas de 1960 y 1970, calificándolos como “creciente mitificación del papel desempeñado por México en la ayuda a los republicanos”, que se vinculó “estrechamente con los mitos legitimadores del régimen posrevolucionario”. Aparentemente, a Mateos no se le ocurre la idea que el reconocimiento del gobierno republicano como única representación legítima de España podía haber tenido que ver con principios ya profundamente arraigados en la política exterior mexicana más allá de la legitimación interna del régimen corporativista autoritario, dado que México era el único país que rehusó entrar en relaciones diplomáticas con Franco hasta la muerte del dictador, ejemplo seguido de manera parecida en los casos de Cuba (1959) y Chile (1973), en los cuales México actuaba igualmente de manera solitaria, por lo menos a nivel latinoamericano.

El libro de Mateos tiene el mérito nada despreciable de tratar el tema del exilio por el ángulo de las relaciones políticas entre España y México, tema algo descuidado por la literatura académica comparado con las ya numerosas obras sobre los logros del exilio español en México en los campos del arte, las letras y sobre todo las ciencias. Mas el trabajo de Mateos corre el riesgo de caer en la mitificación política por estar muy centrado en la figura, sin duda importante, de Indalecio Prieto, por quien muestra claramente sus simpatías. El autor retrata al político socialista como un personaje casi infalible en la comprensión, evaluación y anticipación de constelaciones y desenvolvimientos políticos sin discutir sus fallas, como sus frustrados intentos de negociar, a veces sin consultar a sus propios aliados políticos, con representantes del régimen franquista o de la oposición monárquica

con escasas perspectivas de éxito. Por otra parte trata de forma más bien superficial la actuación de la corriente rival a la encabezada por Prieto, el llamado “negrinismo” que dominaba con el SERE la ayuda a los refugiados durante los dos primeros años del exilio, justificándolo con la escasez de fuentes. Otro aspecto problemático del libro es afirmar como hechos incuestionables lo que son más bien interpretaciones, a veces bastante audaces, del mismo autor, sin dar pruebas indiscutibles. Por ejemplo, afirma que existía una estrecha amistad entre Prieto y Cárdenas, basada en una conformidad ideológica y mutua admiración entre los dos hombres, lo que explica el presunto favoritismo del estadista mexicano hacia el español. No obstante, es bastante dudosa la conformidad política por las muy diferentes tradiciones ideológicas de las cuales ambos provinieron y sus posturas igualmente divergentes después de la Guerra Mundial, es decir, Prieto identificado estrechamente con la socialdemocracia occidental y anticomunista y Cárdenas más bien inclinado hacia el “antiimperialismo” tercermundista, pero independiente y democrático y no tan involucrado en los conceptos y confrontaciones de la guerra fría. Mateos explica el visto bueno de Cárdenas para que Prieto se ocupara de la custodia del “tesoro” del yate *Vita* con esta presunta amistad política y lo interpreta, además, como una decisión de principio que obligaba al mexicano a favorecer en el futuro siempre la línea y las decisiones políticas de aquél en detrimento del “negrinismo”. Otros autores, sin embargo, no consideran la decisión de Cárdenas como parcial en favor de Prieto, sino como circunstancial debido a que éste era entonces el único representante republicano de alto rango que se encontraba en México. Más bien parece que la máxima del presidente mexicano hacia el exilio español era entonces no

inmiscuirse en las querellas internas de los políticos republicanos.

No obstante las limitaciones expuestas, el libro reseñado representa un importante paso adelante en la investigación sobre las relaciones políticas entre el exilio español y México y debe ser seguido por estudios que incluyan mejor la corriente encabezada por Juan Negrín, hasta ahora insuficientemente tratada.

Benedikt Behrens

Luis Suárez: *Franco*. Barcelona: Ariel 2005. 1117 páginas.

El autor, un especialista en temas de la Baja Edad Media, publicó en 1984 una voluminosa obra, *Francisco Franco y su tiempo*, en ocho volúmenes y de 1999 en adelante, *Franco. Crónica de un tiempo*, en seis volúmenes. El libro por reseñar es una síntesis basada en esta última obra. Machaconamente insiste en la Introducción, una y otra vez, en que el historiador debe sustraerse a la influencia de juicios de valor, que no debe formular juicios sino “sólo” explicar sucesos, que debe registrar los hechos con “absoluta objetividad”, que debe desatenderse de “posturas políticas”, etc. Para sí, reclama “neutralidad objetiva”. Resulta verdaderamente curioso que un libro tan proclive a las posturas de Franco repita tantas veces estas máximas de objetividad.

Suárez no quiere hablar de “franquismo”, ya que “no se trataba de que un hombre con su partido tratara de llevar a cabo un programa. El Caudillo, como sus partidarios le llamaban, intentaba restablecer el principio de autoridad valiéndose de doctrinas y corrientes que ya existían” (pp. 1 y s.). Suárez parte de la idea de que, entre 1939 y 1975, hubo tres regímenes

políticos sucesivos y diferentes bajo la autoridad de Franco: el primero, bajo el impacto del Movimiento, trataba de parecerse a los totalitarismos imperantes a la sazón en Europa (aunque faltando uno de los rasgos esenciales de éstos, ya que el Partido nunca dominó al Estado, sino que fue a la inversa); el segundo, que coincidió con la victoria de los aliados y con la reorganización del mundo occidental, acentuó los rasgos del catolicismo, tratando de aproximarse a las democracias cristianas y buscando apoyo en los Estados Unidos, fase que culminó en 1953; el tercero, que cumplía los propósitos de un desarrollismo económico, era –siempre según Suárez– el inicio de una transición que empezó en 1959 y condujo a la reinstauración de la Monarquía.

Suárez está convencido de que en la trayectoria de Franco habían dos rasgos esenciales inalterables: la afirmación de los principios del catolicismo y la voluntad de que la restauración de la autoridad se rematara con un retorno a la Monarquía que Franco presentaba como una reinstauración y no como un simple restablecimiento.

Desde un principio, hay pocas dudas acerca de la postura ideológica del autor. Por poner un ejemplo: Suárez afirma que “Franco procuró una superación de odios [...] y, en un momento determinado, pretendió incluso que la onda de represalias, fruto de la contienda, había sido cerrada. Lo que no fue obstáculo para que la resistencia interior generara otras nuevas” (p. 3). ¡Así que fue la “resistencia interior” la que generó las represalias!

El voluminoso libro tiene 34 capítulos. Comienza con los “años de formación” de Franco, siguen los años de la República, a continuación seis capítulos sobre la Guerra Civil (pp. 33-115); muy extensos son los apartados dedicados a la Segunda Guerra Mundial, nueve capítulos

en total (pp. 116-295), y los capítulos que se refieren a la segunda mitad de los años cuarenta (cuatro apartados, pp. 296-399). Los años cincuenta son analizados en cinco capítulos (pp. 400-548), y todo el resto del libro (casi la mitad) se ocupa del desarrollismo de los años sesenta, con sus giros políticos y las reformas tecnocráticas. Mientras que en la publicación de 1984 todavía se hablaba extensamente del Opus Dei y de los ministros “opusdeistas”, en este libro se esquivan estas expresiones y se reemplazan continuamente por la denominación “tecnócratas”. Lo que sigue invariable es el afecto que tiene el autor por la figura de Franco y la labor realizada por éste.

El libro de Suárez viene a sumarse a la ya vasta bibliografía sobre Franco y su época. Lejos de ser imparcial —una postura reclamada por el autor en la Introducción— es una detallada y positiva descripción de la figura del general que decidiría como ninguna otra la historia de España en el siglo XX.

Walther L. Bernecker

Miguel Ángel Marín Gelabert: *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*. Zaragoza: Institución “Fernando el Católico” y Prensas Universitarias de Zaragoza 2005. 396 páginas.

La historia de la historiografía española, a través de este libro, aborda un paso más del engranaje de conocimiento del siglo XX, de parte de la segunda mitad, período que por cercano, a menudo ha quedado relegado a escasas intenciones de análisis, sin profundidad. La obra, a través de un excelente aparato bibliográfico, y con una profusión de cuadros, gráficos y

mapas, desgrana en tres grandes capítulos los avatares de la referida historiografía. El primero lo titula “Libros, revistas, compañeros. El proceso de normalización de las prácticas y el papel de la historia local”; el segundo, “España-Europa: el espejo deformante”; y el tercero, “La historiografía local en transición”.

En la introducción el autor reflexiona y pone en alerta sobre las historiografías regionales, a partir de la España de las autonomías. No dudamos que el enfoque ha sido a veces tosco pero la generalización en clave española, presupone, quizás, restringir realidades nacionales dentro de un Estado que aunque no lo incluye en su carta magna, no por ello no existen. Cataluña, Euskadi, y puede que alguna zona más son algo más que una región autónoma y así se consideran. Además, como otros colegas ya han escrito, la formulación de la buena historia no pasa por publicar en Madrid o en Barcelona, por poner centros de irradiación cultural potentes, sino por las preguntas que se hace el autor para resolver cuestiones trascendentes, por el grado de resolución de éstas y por las referencias que ha usado para esclarecerlas. El tema no terminaría aquí. Cabría preguntarse el porqué la historiografía española no toma en consideración u omite referentes escritos de otras lenguas peninsulares, aspecto que por lo general no sucede de forma tan flagrante, a la inversa.

El autor señala los objetivos que persigue en cada capítulo. En el primero pretende “situar las coordenadas generales de la inserción del proyecto estatal de promoción de la formación de una comunidad con normas nuevas y prácticas diferentes a la de su predecesora, tras la década traumática de los años cuarenta”. El segundo buscará encontrar la relación entre la normalización de prácticas en el interior y cómo afectó a la historiografía peninsular.

El tercero abordará el cambio entre 1965 y 1975, calificado como de “transición”, en espera de la eclosión de la historia local.

“Libros, revistas, compañeros”, con el que empieza el primer bloque, recupera las palabras sentidas, expresadas por vía epistolar, del historiador español Claudio Sánchez Albornoz, del choque que supuso para parte de los historiadores liberales, el socavón posterior del treinta y nueve, y de lo que les faltó, reflejado en estas palabras, en exilios externos, como alimento intelectual base de contraste y superación. El necesario intercambio de lecturas a través de libros y revistas y los nulos encuentros intelectuales con compañeros de ciencia, como eje de avance de la propia condición de historiador, se resquebrajó, en una España encerrada en sí misma, más muerta cultural que viva, donde se enseñoreaba el nulo debate y la controversia para el avance, tanto por los que faltaban porque habían tenido que marchar como por los que estaban atrapados por un sistema que les hacía enmudecer, a la sombra de unos otros, los más, serviles y seguidores de un sistema basado en la prebenda de los silencios. El mismo modelo Quadrado —organismo dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas—, será un fiel reflejo de una historia que no llegaba al estudio de la contemporaneidad, desde una base provincial, útil seguramente para unas determinadas zonas del país, y obsoleta y fuera de contexto en otras, que cuando pudieron estructurarse en libertad, lo hicieron de forma local o comarcal.

El segundo eje de análisis se articula entre las miradas y los desencuentros entre España y Europa. Una mirada que desde España sería más de ojeador que de participante, con las excepciones que se indican. Condicionantes como el idioma, “la práctica desaparición de la reflexión teórica y metodológica”, resabios de apoltronamiento, escasez de incentivos profe-

sionales, mentalidades en choque con realidades donde la libertad de expresión y de investigación no estaban cercenadas, no ayudarían a un aterrizaje de historiadores españoles a beber de corrientes historiográficas europeas. No extraña que fuera al revés, un tomar en consideración desde el exterior el territorio español —en algunos casos circunscrito a una nacionalidad periférica—, para emprender estudios de largo alcance, con nuevos métodos, y en ocasiones “ideológicamente comprometidos”. Mientras, desde España, a menudo, se seguía con una historia sin garra, positivista.

El tercer estadio lo circunscribe al período entre 1965 y 1975, vislumbrando lo que califica como los indicios de una transición historiográfica con un impulso desde las universidades, con revistas de historia que iniciarían una andadura de reflexión y de eclosión. La concreción la ejemplifica en los casos de Mallorca y Zaragoza.

El libro, en conjunto, aporta un análisis sugerente de los avatares de la historiografía española, con sus retrocesos y avances, durante buena parte del período dictatorial. Sería útil complementarlo y no quedarse con la relación bibliográfica de algunos autores, sino comprobar la aportación real de su obra, por cuanto las sorpresas, quizás, serían mayúsculas.

Antoni Gavalda

Javier Tusell: *Dictadura franquista y democracia (1939-2004)*. Barcelona: Crítica 2005. 479 páginas.

Dictadura franquista y democracia (1939-2004) es la última obra de Javier Tusell (1945-2005), quizás el historiador más público de la España democrática. Su militancia política en la derecha moderada

le convirtió en un intelectual muy querido por un sector que en España cuenta con muy pocas cabezas intelectuales presentables. En la época de los gobiernos de la UCD (Unión de Centro Democrático, 1977-1982) y del PP (1996-2004) ocupó varios cargos administrativos en la gestión del patrimonio artístico e histórico. La derecha democrática de España encontró en Tusell un historiador respetable y riguroso con las normas científicas para combatir la breve hegemonía de los historiadores de la izquierda antifranquista en la Transición; o como el propio Tusell afirma: había que acabar con “la marxistización de la cultura en las ciencias humanas y sociales” del posfranquismo (p. 393).

Mientras en el ámbito divulgativo y mediático “revisionistas” infumables como César Vidal y Pío Moa (con el inexplicable respaldo de Stanley Payne) fabulan una larga conspiración izquierdista contra la II República que provocó la justificada reacción de Franco, vendiendo cantidades de libros inalcanzables para un historiador serio, Tusell se presenta como uno moderado y equilibrado. No justifica a Franco pero le quita el dramatismo de una dictadura particularmente sangrienta y represiva y reparte las responsabilidades entre la derecha y la izquierda, las dos con fuertes tendencias antidemocráticas y antiliberales.

Pocas veces, un historiador abarca en un libro un período histórico que coincide casi exactamente con su propia vida y ninguno se ha atrevido a tratar estos densos 65 años en un solo libro. El volumen es el catorce y último del proyecto editorial de Crítica “Historia de España” bajo la dirección de John Lynch. El origen de esta capacidad de escribir tanto sobre una época tan larga y compleja y la motivación de hacerlo están en el carácter periodístico y polémico del autor. Tusell siempre buscaba la resonancia pública y escribía para la

prensa, participaba en debates televisivos y tertulias radiofónicas, publicaba manifiestos como el de “En defensa de la democracia”, pidiendo la dimisión de Felipe González (1995) o el contra de la Ley Universitaria del Gobierno Aznar (2001). Desde hace mucho tiempo había abandonado (o delegado a sus colaboradores) el trabajo investigador para dedicarse a la divulgación de ensayos sobre la historia más reciente de España. La obra aquí reseñada es una síntesis de estos ensayos.

Como consecuencia de este enfoque Tusell no cuida mucho las fuentes ni entra en los debates historiográficos, sino que ofrece una narración cronológica de la acción gubernamental y de las élites políticas. Las escasas informaciones contextuales sobre cambios sociales, económicos, culturales y geopolíticos figuran como escenificación para los protagonistas: los hombres que hicieron la historia española. Las fuentes más utilizadas son biografías y memorias. Así, metodológicamente, este libro parece de otra época, en la que no se conocían los avances historiográficos en campos como la historia social, de las mentalidades, de género, etc.

El estilo narrativo de Tusell se basa en asociaciones y comparaciones no siempre muy convincentes y hasta a veces arbitrarias. El comienzo de la primera época tratada, el franquismo, es considerada por Tusell como “una sociedad guerrera medieval donde se mezcla lo militar, lo político y lo religioso” (p. 11). Al dictador no se le puede comparar ni con Salazar ni con Mussolini pero sí con Tito, un “patriarca distante con rasgos no totalmente negativos” (p. 21). El régimen era “mucho más que una mera dictadura conservadora al estilo Primo de Rivera, pero mucho menos que una dictadura fascista” (p. 23). La dureza de la represión no se explica por la dictadura sino por su origen: una guerra civil, aunque conceda a regímenes demo-

cráticos como Francia e Italia después de 1945 más generosidad y, por lo tanto, una represión y limpieza más blanda (p. 30). En fin, el régimen del general Franco “no fue un sistema totalitario como otras dictaduras contemporáneas” (p. 269).

En las páginas siguientes hay mucha información sobre los personajes destacados del régimen, los falangistas, los hombres del Opus Dei, sus intrigas y peleas, sus acciones e ideas. Con ellos Tusell explica las políticas económica, exterior e interior del régimen. También aparecen los supervivientes del PSOE (Llopis, Prieto, Negrín), del PCE (la Pasionaria) y de la “Alternativa Monárquica” (don Juan de Borbón) en el exilio. Como adorno introduce en dosis pequeñas algo de cine, novela y arte de la época.

En la transición democrática construida por Tusell aparece otro elemento clave de la nueva historia de la derecha española: la transición la hicieron hombres valientes como don Juan Carlos de Borbón, pero no los hombres y las mujeres valientes de la oposición democrática en la calle, los centros de trabajo, las universidades, etc. “El proceso fue obra de protagonismos individuales y debe ser entendido como esencialmente imaginativo e inventivo” (p. 278). El artífice de la Transición, según Tusell, fue el presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, Torcuato Fernández Miranda: “el libreto de la transición era suyo aunque el director fuera el Rey y el actor Suárez” (p. 282). Cabe señalar en este sentido las célebres palabras del historiador Rubén Vega García en el Encuentro de Historia Oral en Ávila en 1998: “La propia decadencia del movimiento obrero ha favorecido su olvido, privilegiando en contrapartida las versiones ‘palaciegas’ de la Transición, con interpretaciones basadas en políticas de salón, en la actividad de las élites y en proyectos –reales o supuestos– de labora-

torio. A la larga, ese ejercicio de prestidigitación ha terminado de construir una visión de nuestro reciente pasado que tiende a atribuir el advenimiento de la democracia a los conversos de última hora y parece asignar el papel de desestabilizadores o ilusos a quienes lucharon por ella durante largo tiempo en condiciones muy adversas”.

El balance de la Transición española, interpretada por Tusell en el marco de la “tercera ola democratizadora que se inició en la Europa mediterránea, prosiguió en Hispanoamérica y concluyó en la Europa del Este” (p. 277), es netamente positivo debido a la “voluntad de olvidar”, es decir, dejar sin persecución todos los crímenes cometidos por el régimen franquista hasta sus últimos días, y “sólo admite comparación con la realizada en Polonia” (p. 331).

La consolidación democrática bajo los gobiernos socialistas (1982-1996) recibe una valoración ambigua por parte de Tusell. Felipe González organizó una coalición entre los economistas neoliberales Miguel Boyer y Carlos Solchaga (ministros de Economía) y el aparato del Partido Socialista controlado por Alfonso Guerra. Modernización y liberalización económica, el fin del aislamiento internacional y la desideologización del socialismo español fueron los logros más destacables. Sin embargo, la consolidación dejó una “democracia de baja calidad” (p. 386). La corrupción y financiación ilegal de los partidos, la subordinación del Parlamento, del propio Partido Socialista, de la Fiscalía General del Estado y de los medios de comunicación públicos a los fines de la ejecutiva y, finalmente, el terrorismo de Estado de los GAL (Grupos Antiterroristas de Liberación) respaldan este juicio.

La última etapa recorrida por Tusell ocupa los dos gobiernos del Partido popular (1996-2004). Por tratarse de un gobier-

no ideológicamente afín, la evaluación de Tusell resulta sorprendentemente crítica. José María Aznar no despierta ninguna simpatía en Tusell y lo compara con la Dama de Hierro, demasiado autosuficiente y de estilo poco liberal: “De la Margaret Thatcher final, ídolo de los dirigentes del PP, se escribió que, arrellanada en su sillón, por su propia forma de comportarse parecía, como el monarca francés en su trono en 1789, provocar la revolución. Algo parecido se podría decir de Aznar” (p. 435). El hermetismo, la frialdad y su aparente inanidad le asemejan incluso, a juicio de Tusell, al personaje de Franco (p. 455).

Después de una primera legislatura aceptable y en minoría parlamentaria, en la segunda, con mayoría absoluta, el PP marchó hacia un neoconservadurismo político y un neoespañolismo ideológico. “Pensar España y conservar lo que funciona” (p. 444) era la divisa de Aznar. Pensando en la exitosa guerra de las Malvinas de Thatcher, Aznar se metió de forma exagerada en un conflicto con Marruecos (la ocupación del islote de Perejil en julio de 2002 por una patrulla marroquí) y buscaba una nueva “España grande” (p. 451) con una ciega alianza con Bush en la segunda guerra de Irak. Aznar actuó como una especie de “halcón avinagrado” (p. 451), se equivocó y tuvo que pagar el precio en las urnas en 2004. Sus políticas autonómica, judicial, educativa y de medios de comunicación consolidaron la baja calidad democrática, inventada por Felipe González.

Así termina el recorrido de Javier Tusell por los 65 años recientes de la historia española, un recorrido muy cercano a los protagonistas y élites políticos, pero demasiado alejado de la historia de la sociedad española.

Holm-Detlev Köhler

José Luis L. Aranguren: *La izquierda, el poder y otros ensayos*. Madrid: Editorial Trotta 2005. 141 páginas.

Recopilación de breves artículos de prensa redactados por el autor durante el período comprendido entre 1982, momento en el cual el Partido Socialista accedió al poder en España, y 1991. En total son 35 comentarios, a través de los cuales se recogen sus opiniones sobre algunas decisiones y acontecimientos políticos del período, pues se mezclan con su propio pensamiento político y social.

Se revisan aspectos de política interna y externa tal y como se dieron, o bien como deberían haberse aplicado, tras el resultado electoral. A pesar de que no se halla de acuerdo en todos los temas con el PSOE recoge su ideología y la comenta, pues observa que su gobierno constituye el primer paso para el establecimiento de un régimen democrático en España, que introduzca aspectos de la ideología reformista próxima a las propuestas del mayo del 68. Su pensamiento de izquierdas, tal vez idealista en cuanto a reformas sociales e igualdad de derechos se refiere, le lleva a separarse de algunos planteamientos defendidos por el citado partido.

Si bien la obra carece de interés para aquéllos que siguieron entonces de cerca los hechos por ser sus conclusiones muy evidentes, permite al lector ver definida la ideología de Aranguren en cuanto a temas tales como lo que debe ser un líder, la aplicación de la ética en el seno del Estado, o cómo habría de constituirse una moral democrática. El autor, atento siempre a los problemas sociales y morales, defiende una moral laica, pacifista, cercana a la protección de los derechos de las mujeres, los ecologistas y los movimientos alternativos que aportan otras formas de vida. La crítica a la religión católica, a la política armamentista americana, a la inclusión de

España en la OTAN, al capitalismo de la sociedad de aquella época y la necesidad de establecer reformas a nivel social, cultural o educativo se hallan presentes en sus escritos. Obviamente, su discurso en la actualidad nos parece muy fácil, pues la supresión paulatina a lo largo de la etapa de gobierno del Partido Socialista de varios planteamientos que persistían de la etapa franquista ha permitido alcanzar algunos de los puntos que él consideraba como dignos de tener en cuenta y llevar a cabo.

La caída de la política de bloques en Europa, la supresión paulatina de las distancias entre burgueses y proletarios, la escasa popularidad que ha ido adquiriendo el socialismo marxista tras el período de la Transición han traído consigo una serie de renovaciones: un acercamiento de la población hacia las asociaciones de carácter pacifista y no armamentista, un interés por practicar la ayuda al Tercer Mundo a través de ciertas ONG que suponen el inicio de una nueva ética no basada en presupuestos cristianos, sino laicos. Si los ciudadanos asumieran una participación activa en los ideales comunitarios y fueran responsables de sus actos no harían falta líderes, pero cada vez más la política ha quedado reservada a los profesionales que la ejercen y carece de interés para la mayor parte de la población. Hay una crítica a la conducta actual de algunas personas, pues no poseen auténticos valores en los que apoyar sus actos, y viven dominados por la carrera consumista, o el culto a la imagen personal a través del cuidado del cuerpo y sus complementos. A ello lo denomina maximización de la estética y minimización de la moral, del individualismo frente a la conducta colectiva y de carácter socializado.

A pesar de todo, Aranguren creía que el Partido Socialista, si bien se había convertido en un sistema incapaz de hacer

frente a muchas propuestas por quedar inscrito en una sociedad global y hallarse condicionado por la aceptación de unos criterios comunes, había establecido a través de leyes concretas algunos cambios en la sociedad civil que han permitido alcanzar un sistema más igualitario en cuanto a la situación económica se refiere, si bien no en cuanto a nivel cultural y de gustos. Hasta su muerte en 1996, el citado autor se halló siempre atento a las circunstancias políticas y ejerció una reflexión moral sobre las mismas. Para él, heredero de la filosofía de José Ortega y Gasset, la moral era un ingrediente ligado a la ayuda social de los más necesitados y no se hallaba desligada de la práctica cotidiana. No se puede vivir de espaldas a los acontecimientos, sino que opinaba que el hombre debía participar en la resolución de los conflictos sociales a través de la colaboración por medio de asociaciones concretas y veía con tristeza cómo muchos se apartaban de ellos y de los valores utópicos que él había defendido durante su vida.

El análisis que ejerce de los distintos asuntos se basa en la toma de postura personal sobre los mismos: el nacionalismo, la tortura, la religión, algunos acontecimientos como la Expo 92 o los Juegos Olímpicos, etc... asoman en las páginas del volumen y constituyen la excusa para proyectar su propio pensamiento. Así pues, el valor del libro consiste en ser un complemento a otras obras previas: *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* (1952) o *Ética* (1958), por citar algunas en las cuales ya había abordado algunos aspectos desde un ámbito teórico.

M. del Carmen Riu de Martín

Banco de España (ed.): *El análisis de la economía española*. Madrid: Alianza Editorial 2005 (Servicio de Estudios del Banco de España). 638 páginas.

Este libro es el análisis más completo de la economía española más reciente, naturalmente desde la perspectiva del Banco de España. El análisis abarca sobre todo el período desde la entrada de España en la tercera fase de la Unión Económica y Monetaria europea (UEM) en 1999 hasta finales de 2004.

El libro contiene 19 artículos a los cuales no es posible referirse aquí detalladamente. Están organizados en cinco grandes partes: “Marco General” (3), “Elementos Analíticos” (2), “El Marco de las Políticas Macroeconómicas” (4), “El Funcionamiento de la Economía Española” (6) y “Aspectos Estructurales de la Economía Española” (4), más un anexo con anotaciones con respecto a fuentes estadísticas y además diez estadísticas macroeconómicas.

Las partes más importantes son seguramente las relacionadas con los mecanismos de funcionamiento y las que versan sobre los aspectos estructurales de la economía española. Llama la atención, sin embargo, que muy a menudo aparecen afirmaciones económicas básicas que según mi opinión están de sobra en este contexto, por ejemplo ¿qué son ciclos económicos? (p. 449); ¿qué se entiende bajo productividad y por qué ésta es importante? (p. 465 ss.) o afirmaciones básicas sobre competencia y análisis de la competitividad (p. 489 ss.).

Lastimosamente no se hace referencia a los aspectos de las diferencias económicas regionales en España y a su respectivo desarrollo, lo cual hubiera sido un muy buen complemento.

Günter Mertins

Ramón Tijeras: *Las guerras del Pirulí. El negocio de la televisión pública en la España democrática*. Barcelona: Random House Mondadori 2005. 366 páginas.

El periodista hace un análisis exhaustivo de la historia del ente público RTVE en la democracia. *Las guerras del Pirulí* –la torre de comunicaciones de TVE en Madrid, popularmente conocida como “el Pirulí”– es el título del libro en el que se ponen al descubierto las malversaciones financieras y las manipulaciones informativas que todos los gobiernos han hecho de RTVE. Desde un enfoque cronológico, sus páginas recogen el ir y venir de los distintos personajes a lo largo de los años y ponen de manifiesto algunas tramas ocultas, relaciones entre los dirigentes empresariales y periodistas y el ámbito de las productoras privadas, con total libertad, en el seno de TVE. Repasa las actuaciones de los partidos políticos que han ejercido el poder y su influencia sobre la calidad y la objetividad de la información. Presta especial atención al devenir político y económico y, aunque su tono es descriptivo, lleva al lector a la idea de una televisión pública en la que un buen número de personas y empresas se han enriquecido de un modo abusivo, contribuyendo a la deuda de dimensión astronómica que hoy tiene RTVE.

El origen, señala Tijeras, reside en el paso por la dirección general de RTVE de un grupo de personas vinculadas a Adolfo Suárez (él mismo desempeñó ese cargo entre 1969 y 1973) que instauraron una forma de gestión sin control sobre el gasto. El problema es que la llegada de José María Calviño, que conocía todas las irregularidades cometidas durante la etapa de Suárez, avivó las luchas entre clanes socialistas sin poner coto al problema. El PSOE tejió su propia red en torno al reparto de licencias de televisión privadas,

mientras que el PP trató de compensar la situación cuando accedió al poder, configurando un mega grupo en torno a Telefónica y Antena 3, que resultó un fiasco espectacular que terminó con la llamada “fusión digital” y una única plataforma en manos del Grupo Prisa y de Jesús Polanco, su accionista mayoritario.

La aparición de las privadas abocó a RTVE a una sucesión inacabable de pérdidas. No contenta con esa merma los responsables se deciden a favor de la externalización. Esto es, comprar a productoras ajenas, a precios desorbitados casi siempre superiores al presupuesto inicial, programas que TVE podría haber hecho, rentabilizando equipos y motivando a un personal acostumbrado a un rendimiento profesional, para el que el autor tiene palabras muy duras. Tijeras pone en claro, que el negocio es de las productoras. En ocasiones esas productoras son empresas con una vinculación estrecha con directivos del ente o con altos cargos del PSOE o del PP, que en esto han actuado de la misma forma.

El autor incluye asimismo datos escalofriantes sobre los negocios perpetrados en TVE con los que ciertas personas, a costa de la deuda de RTVE, cubierta por el Estado, se han enriquecido. Extrañas historias como las operaciones en que se envolvió el PP en su intento por contrarrestar el imperio mediático de Jesús de Polanco para terminar reforzándolo, constituyen *Las guerras del Pirulí*.

Tanto PSOE como PP han multiplicado la deuda. García Candau fue el primer director general que presentó unas pérdidas millonarias en las deudas del ente y admitió que la cobertura de la guerra del Golfo supuso “una sangría económica” para RTVE. A partir de entonces esa deuda ha ido creciendo exponencialmente. Aznar, lejos de interrumpirla, la multiplicó por cinco, entre 1996 y 2004.

Las televisiones autonómicas y las privadas quedan aquí vistas en escorzo, y se echa de menos la acidez con la que el periodista disecciona la televisión pública. En los tres últimos capítulos, dedicados a la reordenación entera del marco audiovisual que comanda Carmen Caffarel —ex directora, como señala el autor, del departamento en el que él enseña— baja la voz crítica.

Ramón Tijeras ofrece una radiografía del poder en España para saber quiénes son algunos de los que se han enriquecido gracias a RTVE, quiénes controlan esa información y dónde están las alcantarillas por las que se ha escurrido esta monumental deuda acumulada. Esta obra, una investigación rigurosa, densa y bien documentada, responde a estas preguntas y a muchas más. El espectador sabe poco de lo que hay detrás y este libro es una oportunidad ideal para conocerlo.

Markus Riese

Ramón Peralta: *Teoría de Castilla. Para una comprensión nacional de España*. Madrid: Editorial Actas 2005. 161 páginas.

Las múltiples identidades que configuran España profundizan en estos albores del tercer milenio, mediante reformas estatutarias a veces polémicas, en el autogobierno que la Constitución de 1978 consagró. Resulta así de particular interés la publicación por parte de Ramón Peralta de un libro cuyo título busca amparo en el cientificismo que evoca el término *teoría*, y que defiende que si alguna región española buceara en su historia para proclamarse nacionalidad, ninguna podría hacerlo con más derecho que Castilla. La tesis que emana del libro resulta clara: no hay

más nación que España y es Castilla quien la ha forjado mediante su “generosa y desprendida” aportación. Se trata primero de ver cómo Castilla emerge como nacionalidad medieval a causa del conflicto originado por la invasión islámica y de cómo, en segundo término, Castilla articula una renovada y unificada cristiandad hispánica, planteamiento que puede buscar polémica vigencia en las palabras que César Vidal escribe en el prólogo situándonos en la actualidad en un “momento de confusión que cuestiona la propia existencia de España”.

La exposición de aspectos puramente históricos, jurídicos o lingüísticos, aunque en ocasiones resulte un tanto reiterativa, muestra en el libro un discurso coherente y convenientemente apoyado en la autoridad de especialistas como Sánchez Albornoz o Rafael Lapesa. Sin embargo, cuando el autor da el paso hacia su teoría étnico-nacional, presentando a Castilla como una especie de pueblo llamado a una universal misión, el hilo argumental se muestra frágil. Es indiscutible el sentido vertebrador peninsular de Castilla en el contexto de la Reconquista frente al Islam y también lo es su peculiar identidad frente al feudalismo europeo como consecuencia de la cantidad de campesinos libres que la lógica del sistema de presura generó. Pero la obra peca de una grandilocuencia verbal que, con expresiones como “territorio desde donde gestaría toda su colosal obra histórica”, “inimaginado futuro de promisión” o “*universal destino* de Castilla”, nos acerca a definiciones exitosas en épocas ya superadas. Algo parecido ocurre cuando el autor insiste en que nos encontramos ante la constitución de una nueva unidad étnica, síntesis de lo cántabro con aporte vascón, lo hispano-godo y lo celtibérico, con la lengua romance y el cristianismo como aglutinantes. Esta *etnogénesis* castellana, coincidente con las prime-

ras fases del proceso militar frente al Islam, será uno de los soportes argumentales del profesor Peralta en su *teoría* de Castilla, en un planteamiento que, no obstante, podrá generar legítimas dudas en un lector que considere que las bases humanas, religiosas y lingüísticas ya se ubicaban en el mismo solar en época tardo-romana y visigoda y que por lo tanto concluir que estamos ante la aparición de una nueva etnia puede resultar exagerado. Del mismo modo, de un mayor dinamismo y de la probada peculiaridad identitaria castellana no es fácil colegir una “plena conciencia de su identidad colectiva nacional” o una “emergencia de una patria renovada”.

La convivencia cultural en la España medieval es, por otra parte, tajantemente negada por el autor. Ciertamente es que compartir el solar peninsular resultó casi siempre conflictivo, pero también lo es, siguiendo entre otros a Domínguez Ortiz, que “el siglo XI aparece en el ámbito hispanomusulmán como un intermedio de paz religiosa y pacífica convivencia”. Considerando que el libro juega con la historia medieval para la comprensión del presente, negar de forma absoluta estas rachas de entendimiento de las tres culturas podría conducirnos en el clima actual a pensar que ideas como la “alianza de civilizaciones” están abocadas a un determinismo de enemistad y no a un posibilismo de entendimiento. En este sentido, cuando Ramón Peralta dice que Castilla “nace en una época de sumo conflicto ideológico-religioso entre dos concepciones muy dispares de la vida, del hombre y de la sociedad: islamismo y cristianismo, Oriente y Occidente, sumisión y libertad”, acierta en la noción de conflicto sin duda frecuente, pero expone como indiscutible un sistema dual que asimila la sumisión al mundo islámico y la libertad a la civilización cristiana.

Se desliza en el libro alguna imprecisión, como la que en la página 98 atribuye la cesión del condado de Portugal por parte de Alfonso VI a su yerno Enrique de Borgoña. Se trata en realidad de Enrique de Lorena, en una interferencia debida probablemente al origen del otro yerno del rey, Raimundo de Borgoña, casado con Urraca y padre del futuro Alfonso VII. Antes, en la página 44, indica el autor que el islamismo ha sido expulsado por completo del territorio peninsular en el siglo XV, algo en rigor inexacto puesto que con la capitulación de Granada en 1492 se permitió el mantenimiento de las formas de vida musulmanas hasta que el endurecimiento promovido por Cisneros llevó a la expulsión mudéjar ya entrado el XVI, en 1502, permaneciendo además un islamismo latente, no explícitamente religioso por la forzosa conversión pero sí de costumbres, hasta la expulsión de los moriscos en el siglo XVII.

Si del análisis de la historia, el derecho o la lengua se concluyese simplemente la consolidación de una identidad y no se recurriese con insistencia a lo étnico y lo nacional el trabajo aparecería sustentado en más sólidos cimientos, aunque bien puede ser que ese enfoque, sin duda polémico, dote a la obra de una originalidad que vendría a completar su rigor en los análisis históricos o jurídicos y a dar como resultado un libro de interesante lectura.

José Manuel Rodríguez Martín

José Manuel Cuenca Toribio: *Historia General de Andalucía*. Córdoba: Almuzara Editorial 2005. 1008 páginas.

La reconstrucción de los orígenes y desarrollos históricos de un pueblo conforma un género del oficio de historiar que,

especialmente en las últimas décadas, viene alcanzando renovado protagonismo y visibilidad editorial. El reabierto debate sobre la identidad nacional de España y sobre el sentido y perspectivas de las nacionalidades y regionalismos periféricos no hace sino peraltarlo. En este punto, a escala política son muy polifónicas las respuestas y la discusión parece abrirse a dimensiones de cierta polarización, y hasta de ambigüedades. Pero los historiadores, debe saberse, trabajan y han trabajado rigurosamente asimismo sobre estos procesos políticos y culturales e incluso acerca de la lenta o más dinámica sedimentación de los sentimientos de pertenencia territorial.

En esa coyuntura y sobre el esquema de un laureado libro precedente, el profesor Cuenca Toribio dibuja la rica personalidad andaluza desde sus orígenes hasta la actualidad. Así, su objeto de trabajo no podía ser más abarcador: hacer inteligible la secuencia de un país de cultura verdaderamente milenaria. Para concluirlo, el autor ha movilizado todo un caudal de recursos humanísticos, pero sobre todo sorprende —una vez más— ese profundo conocimiento suyo de la producción historiográfica más reciente. El lector no dejará de apreciar —y hasta admirar— el dominio interpretativo sobre las diferentes edades y disciplinas aquí expuesto, así como la visión y el conocimiento íntimo del sujeto barajado.

Centrada en un espacio territorial determinado, muy consciente de las continuidades históricas de Andalucía y de sus aportaciones universales —sin esencialismos— y, a la par, extremadamente atenta a las discontinuidades de este espacio amalgamador de hombres y culturas, en la obra se muestra competencia para comprender no sólo lo que hemos sido, sino asimismo lo que verdaderamente somos, justamente a partir de una mirada atenta al mejor conocimiento y valoración del pasado. El enjundioso tratado —más de mil páginas—

no carece en su proyección intelectual de cierta osadía y nos retrotrae, de alguna manera, al tiempo en el que los historiadores no se encerraban en las propias celdas académicas de la parcelación temática y cronológica, ofreciendo todo el texto aquí reseñado una sólida cultura ensayística y hasta enciclopédica.

Construido a partir de una axialidad cronológica muy equilibrada, este libro penetra en todas las etapas de la construcción histórica andaluza sin descuidar períodos, pero tampoco sin orillar debates ni controversias más permanentes en el ámbito de la historia, la cultura e incluso las artes.

Muy breve e instrumental en la presentación topológica del marco geográfico, sintético igualmente y hasta pericial en el capítulo dedicado a la prehistoria, la pluma del más publicado de los historiadores andaluces se torna evocadora y sugestiva en alguna de las fases históricas más universales del discurrir andaluz: tema tartesio, sobre todo Bética romana, Andalucía visigoda y, asimismo especialmente, presencia islámica. Los capítulos dedicados a la Baja Edad Media, el relativo a los siglos XVI y XVII e incluso el referido a la Andalucía dieciochesca constituyen ejemplos palmarios de maestría en el control del debate docto. Muy completo igualmente y abierto a la pluralidad de interpretaciones del siglo liberal y a sus insuficiencias en la región, el XIX es desmenuzado en el cuadro de sus esperanzas políticas, sociales y económicas, pero también en el de sus frustraciones. Paradójicamente a la condición contemporánea del autor, o tal vez por ello mismo, el siglo XX es dibujado con tonos más apretados —sobre todo en lo relativo al franquismo, indubitadamente todavía no suficientemente roturado en el solaz andaluz— y se peraltan en cambio las temáticas políticas y economicistas que abarcan

hasta el proceso de la Transición a la democracia, e incluso se refieren a acontecimientos coetáneos.

Ya se ha afirmado que el libro intenta hermanar estructuraciones cronológicas y temáticas, constituyendo las segundas, en todo caso indistintamente, principio esencial de organización interna en un texto que posee asimismo ambiciones didácticas. Por ello el autor aborda tramas y núcleos temáticos que suelen repetirse en la mayor parte de los capítulos: población, aspectos económicos y sociales, derivas políticas, instituciones y cultura, fundamentalmente.

En otro orden de cosas, todo el texto constituye un señalamiento de tendencias interpretativas y de clarificación de no pocos debates. Ejemplificaremos a continuación sólo algunos casos justamente ponderados como característicos en orden a la relativa distinción cultural andaluza.

Precisamente, el profesor Cuenca no orilla la cuestión del *sincretismo amalgamador andaluz*, que reaparece como *ritornello* de su especificidad en todo el libro, ya desde los primeros contactos civilizatorios al tiempo de Tartesos (pp. 68-71). Asimismo vindica la necesaria peraltación del impulso latinizador, donde la marca de Roma y su penetración marca contrastes peninsulares en beneficio cultural del sur, gracias precisamente a su capacidad de asimilación (pp. 95-96 y 99) y, al fin, igualmente, su temprano contacto con el cristianismo, fortalecido al tiempo godo (pp. 214-218). En el tratamiento de la época musulmana el discurso alcanza la mayor sagacidad, marginando lugares comunes y prejuicios tan numerosos, por lo común, en este espacio de contrastes que fue la Andalucía islámica. La época cristiana en su conjunto, hasta el siglo XVIII, tratada en varios capítulos, constituye en sí mismo todo un monumento de erudición en orden a dibujar los perfiles

andaluces, pero en su imbricación española e incluso en su proyección americana. Y lejos de vaivenes y modas pendulares en las interpretaciones de los tiempos más contemporáneos, Andalucía se nos ofrece diferenciada en sus insuficiencias, pero igualmente en sus potencialidades. Especialmente lúcidos son los juicios aparecidos en las páginas dedicadas a la aparición del regionalismo en la región (pp. 774-784) e incluso más tardíamente los referidos al *andalucismo* del primer tercio del xx (pp. 829-835).

Escrito con tonos estilísticos muy ágiles y clásicos, e incluso adornado en ciertos pasajes introductorios con pluma más cadente y elegantemente pródiga, los menos, todo el texto combina brío y personalidad a la par. Esta tensión de estilo constituye toda una vindicación, también un homenaje, a la Historia entendida asimismo como ejercicio relatado. Todo conforma una contribución insustituible y muy rigurosa sobre el territorio español más solicitado a escala histórica, donde las cualidades formales adquieren continuada presencia al servicio de la multiplicidad interpretativa del contexto andaluz y de esa vocación universal que le es tan propia. Por todo lo antes referido *Historia General de Andalucía* pertenece a la categoría de libros que leemos, y que deseamos releer.

Muy agradablemente presentado, con cierta prestancia en la encuadernación que hace honor a este libro de referencia, completado en fin con un útil índice onomástico, el volumen será muy apreciado por quienes busquen bucear en la compleja y prodigiosa trama de lo andaluz. Todo un acierto publicístico de una joven editorial andaluza, Almuzara, que va abriendo huecos en el mercado editorial también a partir de publicación tan consistente y excepcional.

Fernando López Mora

Santiago de Pablo/Ludger Mees: *El Péndulo Patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco (1895-2005)*. Barcelona: Crítica 2005. 503 páginas.

El Partido Nacionalista Vasco (PNV) –fundado en 1895– ocupa sin duda un lugar central en la sociedad vasca. Su larga y variada trayectoria es caracterizada a menudo como un “péndulo” que desde su fundación ha oscilado entre el pragmatismo y la ortodoxia, entre la autonomía –tal como ha sido instalada por el Estatuto de Gernika del año 1979– y la independencia, sin perder de vista su eje principal, la defensa de la patria vasca. El PNV “optó desde muy pronto por refugiarse en una calculada ambigüedad”.

El libro de Santiago de Pablo y Ludger Mees *El Péndulo Patriótico* abarca la historia del Partido Nacionalista Vasco entre 1895 y 2005. Se trata de un brillante y riguroso trabajo académico que pone de manifiesto el gran conocimiento de la materia por parte de los autores. Santiago de Pablo es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco (UPV) y autor de numerosos trabajos sobre el nacionalismo vasco durante el siglo xx. Ludger Mees también es catedrático de Historia Contemporánea en la UPV y ha trabajado también extensivamente sobre el nacionalismo vasco, en especial sobre la época de la Restauración (1903-1923). El libro ofrece además una interesante bibliografía y un anexo. Éste, sin embargo, podría haber sido más extenso.

El primer capítulo trata de los orígenes del nacionalismo vasco y la creación del PNV por Sabino Arana en 1895. Esta parte del libro desgraciadamente es algo superficial: la doctrina aranista y sus principales factores hubiesen merecido más atención por parte de los autores. Algo corto se queda también el cuarto capítulo sobre las actividades del PNV durante la

Segunda República (1931-1936), una época muy rica en acontecimientos de gran alcance tanto para la trayectoria del partido como para el desarrollo de la autonomía vasca. Otros capítulos en cambio ofrecen brillantes síntesis, sobre todo el segundo capítulo dedicado a la época de la Restauración tras la muerte de Arana y el tercero, dedicado al desarrollo del Partido Nacionalista Vasco durante la dictadura de Primo de Rivera. En esta época –hasta ahora escasamente estudiada– el PNV abandonó la actividad política casi por completo dedicándose a actividades sociales, al patrocinio de acontecimientos deportivos, etc. El siguiente capítulo se dedica a los acontecimientos durante la Guerra Civil (1936-1939).

De especial interés son los capítulos séptimo y octavo, en los que los autores abarcan los aproximadamente treinta años desde la posguerra hasta la Transición. Estas tres décadas, durante las que apareció ETA, han sido desgraciadamente hasta hoy muy poco estudiadas por la historiografía con referencia al Partido Nacionalista Vasco. Con estos dos capítulos, De Pablo y Mees ofrecen una aportación clave para entender mejor tanto la trayectoria del PNV en tiempos de Transición y democracia como las difíciles relaciones entre ETA y el PNV.

Los últimos dos capítulos abordan el desarrollo del partido desde 1975. Entre otros temas, los autores abarcan el papel que tuvieron los políticos del PNV durante la elaboración de la Constitución española, la redacción del Estatuto de Autonomía Vasco de 1979, la escisión de Eusko Alkartasuna (EA) en 1986, el Pacto de Ajuria Enea de 1988, el acercamiento entre el PNV y Herri Batasuna durante los años noventa, el pacto de Lizarra de 1998 y la tregua de ETA del mismo año.

Se trata indudablemente de un valioso resumen del desarrollo del PNV y de la

situación política del País Vasco en la actualidad. Sin embargo, la gran complejidad tanto de las relaciones del Partido Nacionalista Vasco con otros partidos políticos en Euskadi como del papel que los nacionalistas vascos desempeñaron y desempeñan actualmente en las instituciones del Estado español hubiese merecido todavía más espacio en esta obra.

El péndulo patriótico es sin duda una obra básica imprescindible no sólo para conocer el pasado y el presente del PNV, un partido que desde su fundación hace más de 110 años ocupa un lugar clave en el País Vasco, sino que además sirve para comprender a fondo la tensión entre autonomismo e independentismo, tema central en el actual debate político en Euskadi.

Antje Helmerich